

Capítulo 112 - Mitos y Leyendas - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4, Puesta a Punto 3 de Julio]

- Capítulo 112 - Mitos y Leyendas - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4, Puesta a Punto 3 de Julio]

Capítulo 112 - Mitos y Leyendas - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4, Puesta a Punto 3 de Julio]

Sebastián

Segundo mes, 11 de día, jueves, 10:30 a.m.

“Quiero aprender más sobre Myrddin,” dijo Sebastián al Profesor Ilma, de pie junto al atril mientras el resto de los estudiantes se dispersaban tras finalizar la clase. “Revisé la biblioteca, pero hay tantos libros sobre él, que no sé por dónde empezar. Esperaba que pudieras recomendarme algunos.”

“¿Te gustaría enfocarte en algún aspecto específico de la vida de Myrddin, o buscas información general?” preguntó Ilma.

“Espero obtener información históricamente precisa sobre él en general, pero tengo un interés particular en sus invenciones y descubrimientos.”

“Hmm.” Ilma tomó unos momentos para recoger sus cosas, luego revisó su reloj de bolsillo. “Creo que tengo justo lo que buscas, señor Siverling. ¿Me acompañas? Esto no tomará mucho tiempo.”

Preguntándose a dónde iban, Sebastián caminó junto a la mujer de tintes azules.

“¿Resolvieron ya sus problemas?” preguntó Ilma. Cuando Sebastián no respondió de inmediato, aclaró: “Me refiero a lo que te tenía tan desconcertada cuando nos encontramos en la biblioteca hace un tiempo, y de lo que te ofrecí ayuda sin que me lo pidieras. Creo que dijiste, y cito, ‘Mi vida se está desintegrando’.”

Sebastián se ruborizó al recordar sus propios dramatismos. “Me dijiste que los humanos somos como cucarachas,” recordó. “Versátiles, increíblemente resistentes y que procreamos

rápidamente. Parece que de alguna manera siempre sigo adelante, sin importar lo que pase.”

“Eso no responde exactamente a mi pregunta.”

Sebastián reflexionó sobre la cuestión durante un largo momento. “Estoy trabajando en ello,” finalmente dijo. “He encontrado una forma distinta de abordar algunos de mis problemas acumulados, y trato de asegurarme de que mis dificultades actuales no provoquen una avalancha aún mayor al desestabilizar el frágil equilibrio que conforma el resto de mi vida. Fue un buen consejo. Sin embargo, debo admitir que me costó mucho entender cómo ponerlo en práctica. Uno de mis amigos incluso me ofreció la solución en la que actualmente estoy trabajando.”

“Dar consejos es sencillo. Recibirles, más difícil, y ponerlos en práctica, aún más. No es tan simple como cambiar algo de la noche a la mañana. Requiere que desafíemos todos los ríos de hábito y condicionamiento mental que se han arraigado profundamente en nuestros cuerpos y mentes a lo largo de nuestras vidas. Desviar esos ríos implica construir diques, crear nuevos caminos y mucho trabajo. Al menos, fuiste lo suficientemente receptiva como para aceptar la orientación de tu amigo cuando te la ofrecieron. Estar dispuesta a aprovechar las oportunidades es fundamental.”

Los últimos días, desde que acordó con Ana y Oliver, habían mostrado a Sebastián lo insensato que había sido al intentar diseñar un plan para resolver todos sus problemas. En lugar de esforzarse hasta agotarse, había hecho sólo lo mínimo indispensable para mantenerse al día con sus tareas escolares, y eso había sido increíblemente gratificante. Su único proyecto paralelo había sido planear y prepararse para la “Operación Doble Ventana,” como Damien había insistido en llamarla. Eso era más que suficiente para mantenerla ocupada fuera del estudio, pero no estaba sola en el proyecto, y había descubierto, con una sensación agradable como un amanecer sorpresa, que podía delegar gran parte del trabajo a sus dos socios muy motivados.

Sebastián todavía se sentía agotada de forma profunda, sin relación con la falta de sueño, aunque esa mañana se había despertado con algunas chispas de energía, incluso sin la tinctura de envéshelas. No era suficiente para atravesar el día, pero era una señal de que, independientemente de lo que estuviera mal, se estaba recuperando.

Algunas de sus ideas para solucionar las cosas habían sido acertadas, pero su propuesta global solo habría empeorado la situación a largo plazo. Ella había intentado, pero no había logrado aplicar con éxito el consejo de Ilma de abordar sus problemas desde un ángulo suficientemente distinto, ni de ser implacable al descartar aquellos inconvenientes que no podían—o no debían—ser resueltos, y tampoco se había centrado lo suficiente en atraer nuevos recursos que le brindaran más opciones.

Sebastián había seguido intentando resolver todo de la misma manera de siempre: más trabajo, mayor responsabilidad personal. Sabía que no podía vivir plenamente en el presente cuando había problemas en el horizonte, y esa especie de estilo de vida despreocupado parecía en realidad completamente insensato e indeseable, pero había estado olvidando cómo vivir. Necesitaba aprovechar las oportunidades que le brindaban y disfrutarlas mientras aún podía. Después de todo, como había demostrado Newton, su mundo podía terminar de manera abrupta y definitiva en cualquier momento.

No es que no hubiera sido capaz de reconocer el problema, la insostenibilidad de todas sus obligaciones, sino que, al final, no había logrado romper con ese patrón de comportamiento. Cuando estaba al borde del colapso, de alguna manera volvía a intentar arreglar el mundo, y a ella misma, con más trabajo. Como un adicto.

Ahora, Sebastián tenía un camino viable frente a ella que no requería dedicarle cada momento libre de sus días a practicar y lanzar hechizos, y que además significaba que no tenía que preparar pociones de madrugada a domingo, ambos días del fin de semana. Podría tomarse tiempo para charlar con sus amigos, o dar un paseo por la Menagerie, o simplemente leer un libro que no fuera crucial para su avance inmediato.

Incluso si el plan de Ana se desmoronaba por completo, Sebastián seguiría procurando evitar caer en la misma rutina. El trabajo arduo era una cosa, pero provocarse un ataque de nervios o una tensión excesiva en Will, era algo totalmente diferente.

Sebastián fue sacada de sus pensamientos cuando Ilma se detuvo, desbloqueó una puerta y le hizo una señal para que entrara.

"Bienvenida a mi oficina," dijo Ilma.

A Sebastián le recordó un poco la oficina de Kiernan, con todos los libros y objetos extraños, aunque mucho más desordenada y con un aire menos costoso.

Ilma fue directamente a uno de los estantes que bordeaban las paredes y sacó dos libros. Se los entregó a Sebastián. "Recomiendo estas dos referencias."

Sebastián los tomó, escudriñando brevemente los títulos. Ambos eran libros gruesos con tapas de cuero. El primero, *Myrddin: Una crónica investigativa de la leyenda*, parecía justo lo que buscaba. El segundo, *Suficiente hilo para la noche: Una colección de mitos de la vida de un hombre con muchos nombres*, estaba adornado con un filigrana dorada desvaída y, por lo que pudo notar, contenía muchas historias infantiles ilustradas pintadas a mano, fantásticas y totalmente alejadas de la precisión histórica.

Quizá percibiendo la duda en su rostro, Ilma dijo: "Es mejor absorber las opiniones contrarias y diversas fuentes de información cuando se abordan temas polémicos. Ampliar tus horizontes es valioso y te permite ver cosas que otros no pueden. No subestimes el valor de estos relatos recogidos y escritos por las personas que vivieron en la época de Myrddin. Comprender la cultura, los prejuicios y las ideas que todos consideraban 'obvias' en aquel entonces te brindará perspectiva. Además, hay algunas notas en estos libros que quizás te resulten relevantes."

Sebastián los sostuvo con cuidado, consciente de cuánto valían probablemente. "Gracias. Los leeré ambos," prometió, de repente preocupada por dejar huellas de sudor en sus cubiertas.

"De nada. Devuélvame los libros cuando hayas terminado, preferiblemente para el fin del próximo período, antes de las vacaciones de verano," dijo Ilma, dándose la vuelta. "Será mejor que te apures a llegar a tu próxima clase. Solo te quedan unos minutos."

Sebastian le dio las gracias nuevamente y se dispuso a marcharse.

“También, por favor, dile al profesor Lacer que todavía tiene mi libro sobre artefactos de almacenamiento de información pre-Cataclismo. Prometí devolvérmelo hace un mes. No quiero que él ‘accidentalmente’ añada mis textos raros a su colección personal.”

“Ehm, se lo recordaré,” respondió Sebastian.

Durante su próxima clase juntos, Sebastian tomó prestado un pañuelo cuadrado de seda de Damien y cuidadosamente envolvió ambos libros, temeroso de que se rayaran accidentalmente, de que se manchara con tinta o algo igualmente terrible, mientras los guardaba en su bolso escolar.

Esa noche, después de repasar un par de horas de ejercicios de hechizos con el profesor Lacer y dedicar media hora a transferir con cuidado las monedas de oro cosidas en la guarnición de sus viejas botas a su par nueva, sacó los libros para leer un rato mientras procrastinaba irse a dormir.

Examinó primero “Myrddin: Una crónica investigativa de la leyenda”. El libro estaba lleno de nombres, fechas y menciones constantes a referencias cruzadas y corroboraciones, pero aún así resultaba apasionante.

Se sabía muy poco acerca de los primeros años de Myrddin, y aunque abundaban rumores y la especulación continuaba mucho después de su muerte, ninguno contaba con respaldo más allá de las habladurías. El autor especulaba que Myrddin pudo haber sido de origen humilde o, con mayor probabilidad, hijo ilegítimo de un noble menor. Incluso su nombre original estaba en duda, ya que diversos registros de los territorios conocidos se referían a él con diferentes alias. En diferentes países y culturas, era conocido como Emrys, Ambrosius, Merzhin, y en las llanuras centrales que luego serían Lenore—Myrddin.

Myrddin comenzó a hacerse famoso alrededor del año 1250 a.C., ya como un adulto. La edad exacta del hechicero errante era desconocida, pero para entonces ya era bastante poderoso, y se sobrevivía aceptando contratos difíciles de resolver en aldeas y ciudades que podían pagar su ayuda, ascendiendo poco a poco hacia proyectos cada vez más prestigiosos y desafiantes.

La fama de Myrddin realmente explotó cuando aceptó un duelo con un joven noble rico de un país del sur que ya no existía. Diferentes relatos daban distintas razones para el duelo: Myrddin quería que el noble liberara un grifo maltratado, o le entregara su mansión, o que abogara por su ingreso en una sociedad secreta de élites.

Pero el duelo, junto con sus condiciones, fue muy popular y asistido por la aristocracia y los lectores, dejando un amplio registro anecdótico del evento. Myrddin solo lanzó un hechizo, un escudo, y si el joven noble lograba atravesarlo por medio de alguna astucia o fuerza bruta, sin violar las reglas del duelo—que requerían que ambos permanecieran dentro de sus áreas permitidas en el campo—Myrddin aceptaría la derrota. Al noble se le concedía desde el amanecer hasta el atardecer para lograrlo.

Myrddin pasó más de una hora antes del amanecer preparando la matriz del hechizo, que no había sido documentada y por desgracia se había perdido con el tiempo. A pesar del esfuerzo invertido,

su hechizo de escudo parecía inofensivo, incluso risible, al principio. Se manifestaba como un pequeño disco negro suspendido en el aire entre Myrddin y su oponente.

El noble se burló de Myrddin en voz alta, jactándose de que un escudo tan pequeño no podría protegerlo. Luego atacó. Algunos dijeron que el primer hechizo del noble fue una bola de fuego, otros que fue una flecha llameante, y algunos más que fue alguna especie de constructo de ave de fuego vistoso.

Todos estuvieron de acuerdo en que el disco negro lo había absorbido. Myrddin permaneció ileso, y su escudo se hizo más grande.

Cada vez que el noble atacaba, ya fuera con hechizos de energía o utilizando el entorno para lanzar proyectiles físicos, el hechizo de Myrddin lo absorbía, desplazándose si era necesario para lograrlo. El pequeño disco negro crecía en cada intento, como si se alimentase de la energía de los ataques de su enemigo. Incluso cuando el noble intentó una embestida en pinza, a Myrddin solo le bastaba dar un paso lateral para esquivarla, mientras el escudo se movía de un lado a otro.

Algunas versiones de los espectadores comentaron que el disco empezó a crear su propio viento frío, con un filo de escarcha alrededor de sus bordes, y que a medida que la negrura crecía, comenzó a curvarse formando una especie de cúpula gigante que cubría a Myrddin, todavía en expansión.

El noble lanzaba con más y más desesperación, tratando de superar la barrera protectora, de encontrar una rendija o de colarse por algún subterfugio más allá de sus defensas.

Nada funcionaba, y el escudo sólo seguía creciendo.

Al mediodía, cuando el sol alcanzaba su punto más alto en el cielo, el adversario de Myrddin se había exhausto. Se sentó en el suelo para descansar y meditar sobre su próximo movimiento.

Myrddin permanecía detrás de su escudo. Algunas crónicas mencionaban que guardaba silencio, mostraba una confianza absoluta en sí mismo, mientras que otras afirmaban que se burlaba del noble.

Pasada una hora, el noble se levantó y admitió su derrota. Sabía que no disponía de la energía suficiente para seguir lanzando hechizos indefinidamente, y temía lo que ocurriría cuando la cúpula negra creciera tanto que lo alcanzara, temiendo que lo devorara tal como había hecho con cada uno de sus intentos de dañarlo.

El autor sugería que existía cierta especulación entre los historiadores respecto a la función del hechizo de Myrddin, sugiriendo que tal vez era más mundano de lo que estas anécdotas hacían parecer, y que su capacidad para absorber ataques era solo un truco para crear una apariencia más intimidante. Podría haber tenido funciones de desintegración de materia y dispersión de energía, con Myrddin controlando manualmente su tamaño tras cada ataque, como una forma de exhibir su destreza y dominar psicológicamente a su oponente.

Sebastián no lo creía. Después de todo, el artefacto de la transformación no era una ilusión. Ella imaginaba poder crear un escudo así misma. Ya no tener que preocuparse por esquivar y hacer movimientos rápidos, como intentaba inculcar el Profesor Fekten en sus alumnos, sería maravilloso, ya que, francamente, ella era terrible en esas cosas.

Quizá el hechizo de Myrddin se había perdido con el tiempo, pero seguramente ella podría recomponerlo, y otros aún más impresionantes, una vez alcanzara el rango de Archimaga. Aún mejor si pudiera lanzarlo de forma libre, sin restricciones. Se pasó unos minutos imaginándose tan poderosa como Myrddin, por encima de todos los demás. Parecía algo infantil, pero a la vez, ¿cuál era su meta si no era llegar a ser la mejor?

Si nunca se detenía, si nunca dejaba de mejorar, ¿qué otro resultado habría? Viviría una vida larga, llenas de poder creciente, hasta descifrar los secretos del mundo, de la magia misma.

Una nota en la parte inferior de la página, escrita con la inclinada letra de Ilma, sacó a Sebastián de sus sueños infantiles. Hacía referencia a una entrada en el otro libro prestado.

Con curiosidad, Sebastián abrió “Suficiente hilo para la noche: una colección de mitos de la vida de un hombre con muchos nombres”, con aún más cuidado al pasar las páginas cuidadosamente ilustradas con amor.

La primera sección contenía relatos sobre la infancia de Myrddin, cada uno más fantástico e improbable que el anterior. Uno narraba cómo la madre de Myrddin había sido estéril y, tras una larga búsqueda, logró encontrar a un titán amistoso que le alimentó con una gota de su sangre, la cual creció en su útero hasta dar lugar a Myrddin. Teniendo en cuenta que el último de los titanes había muerto o desaparecido alrededor del año 8000 a.C., esto era sumamente improbable.

Otra más contó cómo encontraron a Myrddin siendo un bebé, recubierto en la flor de un loto acuático gigante del cual había brotado—o, para ser más preciso, surgido. Sebastien en realidad resopló en voz alta.

Otra más habló de cómo era medio hada y había crecido en su reino secreto, donde fue muy maltratado, antes de escapar siendo aún joven e ingresar al mundo de los humanos. Aún resulta ridículo, ya que alguien habría podido detectar las señales de su linaje, como ella lo hizo con Millennium, pero al menos la guerra que exterminó a los hadas ocurrió solo unos años antes de que Myrddin viviera. Es más creíble que él fuera moldeado a partir de una gota de sangre titánica, pero eso es todo lo que podría decir a favor de esa teoría.

Sebastien pasó a la historia que la nota había mencionado en el primer libro. Relataba cómo Myrddin, joven y con talle delicado, miraba al cielo y soñaba. Entonces cabalgó sobre un viento frío del norte, hacia arriba y hacia arriba, y más arriba. Habló con la luna, pero ella no le prestó ayuda. Voló más lejos y habló con las estrellas, pero eran demasiado caprichosas. Finalmente, voló aún más lejos, hacia la oscuridad más allá del borde del cielo, y habló con la misma Noche.

Ella lo consideraba valiente y encantador, aunque para alguien como ella, su vida era solo un brillo, un parpadeo en el tiempo. Triste por el futuro que sabía que vendría, aceptó concederle un regalo.

Myrddin pidió un escudo indestructible, que no pudiera ser vulnerado y que lo protegiera incluso de la Muerte misma.

La Noche le dijo que nada podía proteger a esa chispa tan brillante de la Muerte, pero le entregó un fragmento de ella misma para cubrirlo de todo lo demás, si lo usaba correctamente.

Con un pedazo de Noche en la mano, Myrddin volvió a caer a la tierra.

Sebastien comprendió por qué la que tomaba notas—probablemente Ilma—había hecho esa conexión. Ambas historias hablaban del escudo absorbente, aunque una se basaba en la realidad y la otra en la fantasiosa imaginación de quienes, sin demasiada educación y criados en relatos, leyendas y supersticiones, trataban de explicar su mundo.

‘Es algo interesante, supongo, pero no estoy segura de si realmente tiene valor,’ pensó Sebastien. Tal vez alguna de las historias posteriores ofrecería la idea que Ilma parecía insinuar.

El tiempo transcurrido mientras Sebastien leía fue demasiado, así que invocó un hechizo de sueño sin sueños y se obligó a cerrar los ojos, pensando únicamente en los remolinos de colores aleatorios que bailaban en la parte interior de sus párpados y no en toda la tarea que tenía por delante.

Por la mañana, volvió a la sala de materiales de arte abandonada en el segundo piso de la Ciudadela para practicar el lanzamiento de un hechizo que no quería que nadie viera. Era parte de su decisión general de estar mejor preparada, pero también un pequeño descanso en toda la planificación y preparación de la Operación Desfenestración.

Tomando un frasco con restos de escarabajos muertos, grillos, e incluso unas cucarachas, de su bolsa, rompió varios en pedazos. Algunas partes las esparció por los bordes de la sala, guardando el resto para ella misma.

Usando su mesa de pizarra plegable, dibujó un esquema de hechizo relativamente sencillo, basado en los mismos principios del hechizo de desintegración que usaba para eliminar los fragmentos vagos de sí misma que pudieran quedar por ahí. Pero este nuevo hechizo no solo funcionaba en el área dentro del Círculo, sino en las conexiones simbólicas de su objetivo.

Calmó su espíritu, extrayendo el núcleo de bestia que había obtenido de Tanya en caso de que su farol no proporcionara suficiente poder inmediato, y comenzó a lanzar el hechizo.

Con un destello de Voluntad y poder, el escarabajo dentro de su Círculo se tornó gris y se deshizo en un pequeño montón de polvo y una bocanada de humo casi invisible. La diminuta pila de polvo parecía más pequeña que la sección del escarabajo que había sido.

El hechizo no le había opuesto resistencia como ella había anticipado, lo cual significaba que, aunque ella misma había creado esta pequeña maldición, no era magia nueva. Alguien, probablemente varios, había utilizado ya sea este hechizo exacto o una variación suficiente veces para que la invocación fluyera con facilidad. Y eso tenía sentido.

Sebastián se levantó y se desplazó al otro lado de la habitación, donde un pequeño montón de polvo ultrafino, similar, descansaba, dispersándose en una bocanada con la corriente de aire accidental que provocó su acercamiento.

Con una sonrisa sombría de satisfacción, Sebastián regresó a su matriz de hechizos para repetir el proceso. Estaría listo si alguna vez llegaba el momento de combinar este hechizo con la función de contraespionaje. Solo le faltaba encontrar una manera de protegerse de desintegrarse como las demás partes de su cuerpo, pero ya tenía algunas ideas al respecto. Si los policías aún tenían su sangre, recibirían una desagradable sorpresa la próxima vez que intentaran usarla en su contra.

Además, parecería útil en general estar bien entrenado en maleficios simpatéticos.